no las cosas frívolas y perecederas de este mundo sinó á Aquel que es la gloria de los bienaventurados y que sólo puede llenar nuestro corazón en el tiempo y en la eternidad.

CAPÍTULO VII

El amor

1.—La quinta cualidad indispensable para el Apostolado de la enseñanza es el amor.

Ha escrito Platón en *Las Leyes* estas palabras verdaderamente admirables: «Sólo el amor diviniza al hombre, le inspira, le transporta, le convierte en Dios por la generosidad y le hace semejante al que es bello por naturaleza. El que quiera ser hombre grande, no deberá amar á sí, y sus cosas sinó el bien que halle en sí ó en los otros. En el que ama hay algo más divino que en el que es amado.» Fenelón escribe: «El que ama hasta la abnegación, es decir, hasta olvidarse á sí mismo, tiene lo más divino que hay en el amor, el transporte, el olvido de sí, el desinterés, la pura generosidad.» Y sin amor, dice el mismo filósofo ateniense, no hay abnegación.

Para llenar el bello y laborioso ministerio de la educación, ante todo, hay que amar á Dios en sí y las almas de los niños en Dios.

El amor hizo de Dios el Maestro, *Praceptor*, de la humanidad; y el amor le llevó hasta el último grado de la abnegación, hasta el sacrificio: *Sic Deus dilexit mundum*. Al partir para el cielo y dejar á sus apóstoles el gran ministerio de la educación del genero humano, sólo les exige el amor; porque el amor enseña todo: *Suggeret omnia*; y en el amor se halla la plenitud de la perfección: *Plenitudo legis dilectio*.

Uno de los nombres de Dios es ser amante de las almas: Qui amas animas; por eso el digno profesor siente

en sí ese mismo amor, ha recibido del cielo tan noble inspiración, y dice con toda verdad: dadme las almas y llevaos todo lo demás: Da animas, cætera tolle tibi.

Por otra parte thay en el mundo cosa más amable que las almas jovencitas, hechas á imagen de Dios, rescatadas y teñidas con la sangre de Jesucristo y que conservan todavía la naturalidad é inocencia de sus primeros encantos? Porque los niños, los jóvenes son amables á pesar de todos sus defectos: sólo en ellos se encuentra un corazón sencillo, abierto, natural; y ellos son verdaderos, ingenuos, sinceros sobre el resto de los hombres. Los divinos aromas de la gracia del bautismo y de la primera comunión en ningún corazón se perciben como en el corazón de los niños; y ellos han sido, son y serán el más ameno jardín del catolicismo.

Sólo el amor, el verdadero amor produce la abnegación; y á su vez, la abnegación es el testimonio más perfecto del amor

El que sólo por interés, por el vil interés: turpe lucrum de San Pablo, se dedica á la enseñanza ó educación de la juventud, no pasará de lo exterior, de la corteza, de la mera instrucción, no llegará hasta el alma; ahí sólo llegan los hombres de abnegación, los que han recibido de Dios el don sublime del amor, en el que exclusivamente se hallan el poder, la fecundidad y la bendición de la vida. Sólo estos se atienen fielmente á lo consignado por el Apóstol: Bástanos lo indispensable para la vida: Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti simus.

Mucho menos podrá educar dignamente el que sólo busca el placer. No hay cosa más distante de la abnegación que el placer; y este es, á su vez, lo más interesado. Por otra parte el ministerio de la educación no lleva en sí sino grandes penas; á lo más, producirá consuelos á los dignos profesores, placer, jamás.

Tampoco el honor, poderoso motor de los grandes corazones, basta para la educación. Esta es, sin duda, lo más grande que hay en el mundo, lo más verdadero en la suprema grandeza; pero con toda su grandeza se compone de cosas demasiado pequeñas para que el honor, ese gran móvil se adopte y se contente. Una cátedra de Universidad abrirá á un profesor eminente el camino de los honores; en vano se los buscaría en la concienzuda y modesta abnegación de la educación de la juventud. Además, dice Rollín: «si toda mira interesada es indigna de un maestro verdaderamente cristiano, la vanidad y la ambición no lo son menos. Un digno educador evita darse á conocer á los grandes del mundo y no ambiciona más que la oscuridad de un retiro pacífico, donde pueda entregarse al estudio de la sabiduría.»

¿Y el deber impuesto á todo profesor, el deber de conciencia, la fidelidad al deber de religión ó de voto no bastarán para dar la completa educación? No si nó hay amor, un grande amor.

Hé aquí como se expresa un eminente educador, citado por Dupanloup: «Cuando hayáis organizado la enseñanza, los premios, los castigos, etc., etc., todavía os resta elevar, iluminar, mejorar, formar á esos jovencitos como tienen derecho. ¡Por ventura el alma, las costumbres, el corazón con sus buenas y malas inclinaciones, el carácter con sus desigualdades y sus vicisitudes, la piedad con su influencia delicada é íntima son cosas que nada más se reglamentan ó enseñan? Si sólo tratáis de llegar al límite exacto de vuestros deberes, si solamente consultáis vuestros principios de hombre honrado, y aún añadiré, vuestra conciencia, religiosa, pero fría y rígida, para calcular lo que debéis á un niño y á sus padres que os lo han confiado, estaréis lejos de cumplir, ni siquiera comprender toda la extensión de vuestro santo ministerio. Amad, pues, á los niños, tened en vuestro corazón un ardiente deseo de su progreso, de su bien, de su felicidad. No, y me atrevo á decirlo, ningún otro móvil más que el del amor, ni el móvil del deber, aún impuesto por la religión sostendrá largo tiempo al maestro en su penosa carrera. En vano nos diríamos que la educación es para nosotros un ministerio sagrado, un apostolado religioso, un modo de cumplir para con Dios y la sociedad la deuda que habemos contraido: estas altas ideas excitarían nuestro celo sin dulcificar sus penas, nos mostrarían la gravedad de nuestras obligaciones sin aligerar su peso, y más presto nos traerían el pensamiento de renunciar á la educación que el ánimo y deseo de llenarla dignamente.»

Cuando la fidelidad al deber es sin abnegación, sin celo; cuando la conciencia es sin amor, todo se enfría, se hiela, sufre, muere; es como el sol de invierno, hay luz, pero falta calor, falta vida, falta fecundidad; y aún la misma luz es pálida y no alumbra lo bastante. Hay en la educación muchísimas cosas á las que no se está estrictamente obligado, y que, sin embargo, son decisivas; sólo el amor las comprende, las adivina, las previene, las corrige, las cura. Preguntádselo á una madre y os dirá que es así.

Entregaos, pues, con toda vuestra alma, añade el mismo educador, no solamente á lo que debe cubrir vuestra responsabilidad, sinó á todo lo que puede mejorar, excitar, calentar, purificar, enoblecer el corazón de ese niño, confiado á vuestro corazón de padre. Y vuestra inteligencia, iluminada por el rayo vivificante del amor verá surgir de repente todo un nuevo mundo de ideas, afectos, cuidados que la conciencia sola no os puede sugerir. Cuanto más améis á vuestros discípulos, mejor comprenderéis que nada bueno se puede hacer por ellos sinó amándolos y amándolos muchísimo.

Hay una hermosa ley en la divina Providencia, que se manifiesta con más dulzura y brillo en el orden moral que en los prodigios de la naturaleza material; junto á los grandes deberes ha puesto Dios un grande amor: así se cumplen casi sin esfuerzo los deberes más difíciles: San Agustín ha expresado admirablemente dicha ley: *Ubi amatur, non laboratur*: cuando se ama no se siente el trabajo.

Véase el corazón de un padre y más aún el de una madre. ¿Quién da á su corazón tan tierno una energía tan

incomparable? ¿Quién á su débil cuerpo el indomable vigor para resistir á prodigiosas fatigas? El amor.

Y este mismo amor de madre se desarrolla con más facilidad de lo que se cree en el que ha sido llamado por Dios al ministerio de la educación. Hay en el corazón del hombre un foco generoso, donde la llama de la abnegación y del amor se inflama prontamente y sigue ardiendo al soplo de la vocación divina y de las gracias que siempre la acompañan. Si habéis sido llamados, prosigue el Obispo de Orleans, y sois fieles al llamamiento, amaréis, y la carga se os hará ligera, y bendiciendo Dios vuestra constante fidelidad á los deberes que él os ha impuesto, quedaréis maravillados al encontrar en vuestro corazón un amor tan tierno y tan poderoso para la amable juventud, y en este noble sentimiento una luz, una fuerza, una dulzura sobrenatural, un gozo y en fin, una viveza y seguridad de acción cuyo secreto y poder jamás os habían sido revelados. He visto muchas veces lo que digo: he visto á maestros jóvenes que no se creían aptos para la educación de los niños, y que se dieron á ella con denuedo por parecerles los llamaba la Providencia, y he visto á los pocos días prender en ellos la abnegación y amor á los niños, como prende el fuego en un sarmiento seco; los he visto hacer maravillas en sus ministerios y llegar á ser en muy poco tiempo hombres singularmente distinguidos y de primer orden.

El amor además de hacer dulce y suave cualquier trabajo penoso, centuplica las fuerzas del alma y aún del cuerpo, y transforma hasta el heroismo el ánimo é inteligencia del que lo posee. El amor á los niños y el estudio de sus amables y activas naturalezas descubren los horizontes más profundos de la humanidad, revelando secretos desconocidos, y engrandecen extraordinariamente á los mismos maestros. Hágase una clase, la más humilde con abnegación y amor, prosigue el ilustre Obispo, y se verá como transforma al profesor en un hombre eminente, de espíritu y carácter superiores.

Ámese el niño desde el primer momento como un padre y como una madre, y amará á Dios, sus fiestas, sus maestros, sus estudios, sus condiscípulos, sus juegos; ámesele tiernamente hasta que conozca que se le ama, y él amará y todo se habrá salvado para él.

No se espere que los niños sean agradecidos, porque no lo son ni para sus padres: la gratitud, es decir, el sentimiento inteligente, atento y reconocido del gran beneficio de la educación no lo conocen sinó más tarde: los niños no ven en la educación más que un yugo, una cautividad de algunos años; y hay que hacerles dulce esta cautividad y ligero este yugo.

En cambio es fácil obtener de ellos el amor, la admiración y el entusiasmo: los niños aman á quien los ama; la superioridad de la virtud y de la cieneia del profesor fácilmente excita en ellos admiración y entusiasmo, y con esto reinan, como soberanos, en una casa de educación cristiana los sentimientos generosos, la viva emulación por todo lo noble y grande, un grande movimiento religioso y un grande movimiento literario.

El que ejerce el Apostolado de la enseñanza ama á los niños más que á su familia, más que á sus estudios, y hasta más que las delicias de la vida interior y contemplativa, combate sin descanso, la indiferencia, los disgustos que tan fácilmente excitan sus defectos y sus faltas, fíjase en sus cualidades tan amables, en la inocencia que brilla en su semblante, en la naturalidad de sus respuestas, en la sinceridad de su arrepentimiento, aunque tan poco duradero, en la hermosura de sus resoluciones, aunque tan pronto quebrantadas, en la generosidad de sus esfuerzos, aunque rara vez sostenidos; sabe agradecerles todo el bien que hacen, y todo el mal que dejan de hacer, y los ama, sean lo que sean y hagan lo que hagan.

La vista y el encuentro casual de un niño desconocido en cuyos ojos brillan la ingenuidad y la pureza, y en cuya actitud sencilla, pero noble se revela una naturaleza feliz, conmueven su corazón é interesan su alma; envidia la dicha

de los que le educan, y se dice instintivamente: «dichoso sería yo, si pudiera educar á este niño ó prepararle para la primera comunión.

Este amor se necesita para el más sublime, más laborioso y también más consolador y más dulce de todos los ministerios del Catolicismo.

2. — Si bien el amor sobrenatural que á sus discípulos tiene el profesor digno, deberá reunir todas las cualidades que se expresan en el más bello cántico que al amor entona la *Imitación de Cristo*, convendrá empero que se distinga en ser generoso, respetuoso y paciente.

Amor generoso. Por esta cualidad se expresa la prontitud de un corazón á hacer toda clase de beneficios sin mira interesada. No solamente se ama al discípulo que lo merece, sinó al protervo, al ingrato, cuando se le premia, cuando se le castiga, y hasta cuando, por ser perjudicial al bien general de la escuela ó casa de educación, haya que devolverle á su familia. «Amad siempre al hombre, detestad sus faltas» es máxima de San Agustín. Así también ama un padre, y tal es el digno profesor, más que pedagogo.

En los disgustos, pesares y demás molestias anejas á la educación imita al Padre que está en los cielos, derramando sus favores sobre los indignos y guardándose de irritarlos con obras ó palabras complácese en estar en medio de sus discípulos, como un padre en medio de sus hijos, porque allí donde está su tesoro, allí está su corazón.

El amor generoso cuida de desarrollar todas las buenas cualidades del discípulo, sin dar preferencia á las que aparentando cierto brillo, no por eso perfeccionan la inteligencia y mejoran la voluntad; sabiendo que las verdaderas cualidades del alma son poco visibles, y sólo con el tiempo se muestran y dan sus frutos: huye, como de la peste, de fijarse en el exterior amable ó repugnante, amor de concupiscencia, que á tantas virtudes ha hecho naufragar; y atiende por igual á todas las almas formadas á imágen de Dios.

Si se complace en ser correspondido, no tanto lo hace para sí el digno profesor, cuanto para el mayor provecho de sus discípulos: por eso el primero ama él; previene, como la gracia, para preservarlos del mal; los remedia si ya lo han contraido; y ateniéndose al dicho de San Agustín, que nadie se hace bueno, sinó por el amor: Nemo bonus nisi diligendo efficitur, y que no debe reputarse por malo sin pruebas suficientes, los previene con benevolencia y multiplica las pruebas de su amor, confirmando á todos en su bondad naciente y haciéndolos mejores.

Decía un santo Obispo de la Oceanía con el acento más doloroso «que el imperioso carácter y los procedimientos demasiado fuertes de algunos misioneros eran causa de apostasías.» Para evitar efectos parecidos el profesor digno se prescribe todo lo que sea altivez y rudeza; y aún en los casos más difíciles en que hay que dejar aparecer la firmeza y el rigor, lo modera con exquisita dulzura, y como el padre del hijo pródigo está siempre dispuesto á recibir al extraviado con la sonrisa en los labios y el corazón preparado para la indulgencia: no olvida que la libertad, el movimiento y el ruido son para los niños necesidades casi irresistibles y constituyen el fondo de su vida: hay que obtener silencio, orden, porque sin ellos es imposible la educación; pero no se maravilla que la naturaleza de los jovencitos quiera volver á tomar el imperio que se le disputa: no atribuye á indocilidad voluntaria y reflexiva lo que es con más frecuencia primer impulso, rápido, expontáneo de una organización esencialmente movible: cree á los niños cuando se excusan con un «no lo pensaba,» y toma los medios convenientes para hacerles pensar en el orden y en el deber.

Siempre solícito, activo y afectuoso previene la falta de atención con sorpresas ingeniosas, la ligereza con la emulación, la pereza con recompensas, el desorden con amenazas prudentes, la susceptibilidad con delicados testimonios de su amor: pregunta mucho para excitar y probar el juicio de sus discípulos, y haciéndoles responder, les

hace comprender: no se hace la ilusión de haber cumplido su deber con solo haber llenado sus cabezas con tesoros de erudición, sinó que desarrolla todas sus facultades y ve en la enseñanza, no una miés que deberá pronto cosecharse, sinó una semilla que dará sus frutos más adelante.

Amor respetuoso. En este amor se hallan la fe, la estima, la admiración y el temor: la fe nos enseña el valor infinito del alma de un niño, creado por Dios y para Dios, rescatado con la sangre de Jesucrito y que, verdadero príncipe. está llamado á llevar corona allí donde todos son reyes, v donde el único Señor es llamado Rey de Reyes y Dominador de los que dominan: nos dice que Jesucristo acepta como hechos á su adorable persona lo que hayamos hecho por cualquiera de sus pequeñitos: que cada uno de estos tiene su ángel quien, viendo sin cesar el rostro de Dios, no cesa ni de dia ni de noche de servir á su encomendado con la más tierna solicitud, á pesar de la indiferencia, ingratitud é indocilidad del así servido: en medio de la escuela, del juego, del estudio nos hace ver la ciudad del Dios vivo, la celeste Jerusalén, poblada de ángeles; que nos regocijemos estar con ellos, honrarlos con toda clase de miramientos y guardarlos con la mayor abnegación.

Por la fe sabemos el tierno amor que Jesucristo, Educador divino, tuvo á los niños, queriendo fueran á él; cuando los abrazaba, los bendecía, nos hacía saber que de ellos es el reino de los cielos, que se hace á su adorable persona lo que se hace por cualquiera de los pequeñitos; cuando prohibía escandalizarlos y decía que antes que darles ningún escándalo era preferible caer en el fondo del mar, atada al cuello una piedra de molino.»

También la santísima Virgen, dice A Lápide, guarda especial amor para los niños que le representan su dulce y tierno Jesús; míralos como las flores más puras del jardín de la Iglesia, *pueros*, *id est, puros*, y de ellos espera abundante miés de gloria para Dios, sobre cualquiera otra edad.

De lo enseñado por la fe vese fácilmente el grande aprecio que se merecen las almas de los niños: en ellos

además, como en pura y blanca lana, prende fuertemente la primera tintura de lo bueno, se embebe y se conserva; y sólo Dios sabe el bien inmenso que niños bien educados producirán un tiempo en la sociedad y en la Iglesia: en los jovencitos, como en tierra virgen, se trabaja con más facilidad y más provecho; y nunca, como en la niñez, se extirpan los nacientes vicios y se desarrollan las nacientes virtudes.

El aprecio que se tiene de los niños evita al educador maltratarlos de palabra y más aún de obra; y pues todos tienen un alma de igual valor infinito, todos son igualmente amados, sin preferencias sensibles que tanto deshonrarían al profesor, y que fácilmente le llevarían al abismo en que algunos imprudentes se han precipitado.

La admiración que se entraña en el amor respetuoso indica al educador la eminente dignidad del alma de cualquier niño; le hace ver á través de su exterior más ó menos agraciado la imagen más bella de Dios en el mundo, le hace conocer su valor; que para ella están hechos los cielos y la tierra, que actualmente es amada de Dios con infinito amor, que está destinada á dichas inmortales, y la suma veneración y dulzura con que debe ser tratada alma de tal realeza y objeto de las divinas complacencias.

Por el temor que hay en el amor respetuoso guárdase el profesor digno de cuanto podría profanar el alma y corazón del tierno niño: sabe tener encomendado un tesoro precioso en vaso de barro, y evita con el mayor escrúpulo, toda caricia sensible, jamás necesaria, siempre comprometedora, y siempre peligrosa por la enfermedad de la carne y su inclinación á lo sensual; y este peligro es mayor en el profesor-sacerdote por su privilegio de subir todos los días al altar santo, donde su conciencia, puesta incesantemente á la dulce y gloriosa, pero tremenda prueba de la santa Eucaristía, si en vano le suscita inquietudes primero y después remordimientos, fácilmente se insensibiliza y embota; debilítase su fe y se encuentra al borde del abismo de la ceguera y endurecimiento del corazón: cuida de no

encontrarse á solas con flor tan delicada, como es un niño y muchísimo más recibirle aislado en su habitación: así no se expone á los escándalos de algunos miserables á quienes hubiera valido más no haber nacido.

Amor paciente. La tercera cualidad que debe distinguir el amor del digno profesor es ser paciente. Un gran educador ha dicho: «La paciencia es la virtud más necesaria en los que están encargados de la educación de los niños: Contad más con lo que habéis de decir que con lo que habéis dicho, y no os canséis de repetir; la repetición es el alma de la enseñanza.» Así lo hacía San Pablo con los nuevos cristianos: Tenéis necesidad que os repita las mismas cosas: Eadem scribere mihi quidem non pigrum vobis autem necessarium. La paciencia es virtud apostólica por excelencia. El divino Maestro había dicho á sus apóstoles: Con la paciencia poseeréis vuestras almas: In patientia vestra possidebitis animas vestras. La paciencia es necesaria á la perfección de toda virtud. Patientia opus perfectum habet. San Francisco de Sales hace observar que el Apóstol, al recomendar á Timoteo las funciones episcopales, antepone la paciencia á la enseñanza. In omni patientia et doctrina.

San José de Calasanz, el Beato La Salle y los grandes educadores no cesan de recomendar la paciencia, indispensable para la educación de la inquieta y voluble juventud: «Que los profesores se acuerden que hay que tener con los niños una paciencia muy grande y una dulzura que no tenga nada de afeminada: es deber suyo combatir sin descanso la indolencia de los discípulos, su obstinación y su inclinación á faltar al orden. Mas conviene no olvidar que, atendiendo á la movilidad natural de los niños, á veces hay que hacer como quien no ve, y no exigir todo con rigor.»

¿A qué conduce el rigor sin dulzura en la educación? Responde San Anselmo: «A hacer estúpidos ó bestias.» Y añade el mismo Santo: En nombre de Dios, respondedme ¿qué razón tenéis para tratar con tanto rigor á los

niños? ¿No son hombres? ¿No son de la misma naturaleza que la vuestra? ¿Querríais vosotros que os tratasen así? ¿Y pensáis que con el rigor y golpes haréis buenos á los niños? ¿Habéis visto jamás que un artista sólo á fuerza de golpes haga una hermosa estatua de oro ó de plata? ¿Qué hace? Para dar al precioso metal la forma conveniente, unas veces lo aprieta y golpea dulcemente, otras lo toma con delicadas tenacillas, y con más delicadeza lo moldea. Así si vosotros deseáis que los niños se adornen con buenas costumbres, templad vuestros rigores con paternal bondad y con un cuidado lleno de mansedumbre.

San Agustín describe de esta manera el comportamiento de Dios con nosotros: Vos, Señor, amáis sin encenderos, os mostráis celoso sin salir de vuestra calma, os arrepentís sin conocer el pesar, os irritáis permaneciendo sereno. Y tu, hombre de Dios, hecho á su imagen, séle también semejante é imita con tu conducta su perfección y su bondad.

En el libro de la Sabiduría se dice que Dios nos trata con sumo respeto: Cum summa reverentia disponis nos. Gran lección! dice A Lápide á los encargados de juzgar, educar y castigar. Si Dios siempre sereno nos trata así qué debemos hacer nosotros con los que son de nuestra naturaleza y condición? Qué triunfo y ascendiente para el profesor á quien sus discípulos jamás le ven impaciente en las circunstancias más capaces de irritar su naturaleza, y en los momentos más críticos sabe dulcificar la justicia y hacer brillar la misericordia! Así trata Dios, dice San Agustín, á nosotros, miserables é indignas criaturas: Vos, Señor, añade el Santo, tratáis mi corazón y lo rehacéis poco á poco con vuestra mano llena de dulzura y misericordia: Manu muttissima et misericordiosissima.

Toda la historia de los triunfos de la verdad en este mundo, dice Bossuet, está resumida en solas dos ideas: en el poder de Dios y en la paciencia del hombre. Así se explica el dicho de Tertuliano, «que la sangre de los mártires era semilla de nuevos cristianos.»

Así podría también resumirse la historia de los triunfos de la educación: en la gracia ó poder de Dios y en la paciencia del educador.

«El niño está por naturaleza inclinado al mal; tiene la locura implantada en el corazón»: es un arbusto cubierto de espinas, opuesto á todo cultivo y enemigo del que lo quiere beneficiar: en su egoismo sólo acepta y agradece lo que lisonjea sus sentidos: este es el niño. De él más que del hombre ya formado puede decirse con verdad: hay que hacerle el bien á pesar suyo y contra él: sólo la paciencia que no se cansa y sabe esperar es capaz de educar un corazón semejante: ella sola sabe arrancar la cizaña sin arrancar el trigo, porque sólo ella, sin irritar los defectos que quiere curar, y sin envenenar el orgullo que quiere extirpar, tiene recursos ingeniosos para hacer aceptar los remedios amargos y aguardar al momento oportuno.

Sólo la paciencia sabe enseñar vertiendo lo que enseña con precaución y gota á gota, porque la atención, dice un filósofo, es de embocadura estrecha: ella después de excitar la atención y la memoria, excita la reflexión y no se cansa hasta fijar en los discípulos el conocimiento completo de las cosas, ó sea el conocimiento racional.

Sólo la paciencia sabe reprender con provecho; sólo ella aguarda el momento oportuno del discípulo y del maestro, para que la reprensión y el castigo corrijan y no empeoren y sólo ella sabe dulcificar la acritud de la autoridad: habetat aciem imperii, como dijo Séneca; y mejor, como dicen los Libros Santos: en la paciencia acompañada de mansedumbre y dulzura seremos corregidos: Superveniet mansuetudo et corripiemur.

Hé aquí un ejemplo notable: el célebre Timon-David á quien un Obispo llamó hombre de Dios, vir Dei, dice de sí mismo: Pocos días antes de las vacaciones mi buen prefecto de Friburgo reprendióme una de mis travesuras de joven de 13 años; yo le contesté que afortunadamente dentro de poco ya no estaría bajo su pata: calló el prefecto y

á los pocos días, al marcharme, se me acercó y me habló así: hijo mío, díjome V. que ya no estaría más bajo mi pata: no, V. está dentro de mi corazón; reciba V. esta estampita de mi breviario en prueba de ello: yo, prosigue Timón, ante semejante dulzura caí de rodillas, lloré; y yo á quien ninguna fuerza material hubiera doblegado, sentíme transformado en un instante, y todavía conservo el vivísimo efecto de palabras tan bellas y tan dulces.

De lo dicho es fácil inferir que la paciencia es necesaria: 1.º para santificarse el profesor: 2.º para conservar el carácter siempre igual: 3.º para enseñar: 4.º para corregir: 5.º para educar. Esta es la paciencia de Dios que tenía David: *Quoniam tu es patientia mea, Domine*.

El Beato La Salle, prescribe un examen de las faltas que pueden cometerse contra la paciencia, y que conviene saber. Además de lo que en obras ó palabras puede faltarse, un profesor falta, cuando no escucha las razones ó excusas de los discípulos, privándose de los medios de rectificarse á sí mismo: falta, al proponerse no perdonar jamás, como deberá hacerse cuando no hay malicia, ni se temen malas consecuencias, como en las faltas de ignorancia, olvido, ligereza y otras, naturales á los niños: falta, al mostrarse siempre descontento de la conducta de los niños, cualquiera que sea, no dejándose ver el profesor sinó de mal humor, de aspecto frío, y no abriendo su boca sinó para decir cosas mortificativas, desagradables, amenazadoras é injuriosas: falta, al dejar ver una constante prevención contra ellos é interpretar en mal sentido sus acciones: y falta, si afecta no dejar conocer las razones por que castiga.

Virtud, ciencia, carácter, abnegación, amor, hé aquí las cinco cualidades que debe poseer el que ejerce el Apostolado de la enseñanza: el simple buen sentido las juzga indispensables, y según se posean en mayor ó menor perfección, resultará una educación más ó menos perfecta.

Dice el ilustre Obispo de Orleans: para poseer en grado eminente las cinco cualidades que debe poseer un

educador digno, no es condición indispensable ser sacerdote ni religioso; esto podrá ser su complemento: las he visto poseer á profesores de Seminario, de Universidad, de Instituto y de Escuela de primeras letras. Y sólo los que las poseen, ejercen dignamente el *Apostolado de la enseñanza* y merecen el amor de Dios y de los hombres.

SECCIÓN SEGUNDA

Personal de una casa de educación

CAPÍTULO PRIMERO

El superior

Después de haber hablado de las cinco cualidades indispensables para ejercer el Apostolado de la enseñanza, si esta se da en casas ó centros, colegios, seminarios, etc., donde muchos individuos deben trabajar á un fin común, dicta el simple buen sentido que este fin común de la buena educación de la juventud no se logrará sin un buen superior, sin buenos auxiliares y sin un buen reglamento. En todo centro de educación, ministerio tan complejo y tan múltiple, para el que se necesita el concurso de tantos agentes diversos, hay un hombre necesario sobre el cual todo descansa y en quien se concentra todo el ministerio: él reune las diversas acciones de cada uno y dirige al fin común los esfuerzos de todos: este hombre es el superior.

El cargo de superior es un cargo excepcional y de una importancia soberana: él es el educador por excelencia, el alma y la vida de toda la casa: sus funciones abrazan el gobierno ó régimen por entero. El debe poner todo en movimiento y presidir en todo: él debe tener en más alto